

# Arte escénico y HOMEOPATÍA

**Ernesto Raabe**

Licenciado en Artes Dramáticas. Compositor y Cantautor.  
raabe54@hotmail.com

*Así también la tristeza y los pesares  
se extinguen con la noticia, aunque  
sea falsa, de un peligro más grande  
sobrevenido a otra persona querida.  
Dr. Samuel Hahnemann (*Organon*).*

RECIBIDO: 15-12-09 • APROBADO: 26-05-10

## RESUMEN

A partir de una visión homeopática de la catarsis aristotélica, entramos en el terreno inexplorado de la psico-homeopatía del arte. La urgencia de un arte que cumpla con una función curativa dentro de una sociedad que evidencia estar cada vez más enferma en lo que a disturbios psicológicos se refiere. Así como en la terapéutica homeopática se utilizan sustancias químicas para curar males de orden químico, así también deberían poder utilizarse "sustancias intangibles" para curar lo intangible.

**Palabras claves:** arte, catarsis, homeopatía.

## ABSTRACT

Starting from to vision homeopatica of the Aristotelian catharsis, we enter in the unexplored land of the psico-homeopathy of the art. The urgency of an art that fulfills a healing function inside a society that evidences to be more and more sick in what refers to psychological disturbances. As well as in the therapeutic homeopatica chemical substances are used to cure bad of chemical order, likewise they should can to be used "intangible substances" to cure the intangible thing.

**Keywords:** art, catharsis, homeopathy.

En la definición de tragedia, escrita por Aristóteles en su *Poética*, aparece el concepto de "catarsis" para describir el efecto que dicha representación provocaba en el espectador:

"La tragedia es, pues, la imitación de una acción de carácter elevado y completa, dotada de cierta extensión, en un lenguaje agradable, lleno de bellezas de una especie particular, según sus

diversas partes, imitación que ha sido hecha o lo es por personajes en acción y no por medio de una narración, la cual, moviendo a compasión y temor, obra en el espectador la purificación propia de estos estados emotivos"<sup>1</sup>.

No es casualidad que Aristóteles siendo médico pusiera en circulación este término: *Kazársis*, cuyo significado es el de "purgar", "purificar", desde el

punto de vista físico-médico, además de que así llamaban al ciclo menstrual. Un segundo nivel de significación correspondía al plano moral: llamaban catarsis a la sensación de reposo o descanso que se experimenta después de cumplir con el deber, y a los ritos de purificación con que se iniciaban los misterios lustrales.

Al atribuirle esta función catártica a la tragedia, Aristóteles nos da a entender que esta debe poseer algún tipo de facultad curativa. Lo que llama nuestra atención es que dicha facultad curativa la refiera al universo de las enfermedades del alma, cuando nos dice que el “temor” y la “compasión” que experimenta el espectador a la hora de presenciar la tragedia, actúan, a su vez, como medios para curar esas mismas debilidades contenidas en él, en mayor o menor medida, ejerciéndose así la “*catarsis*”.

¿No es este un procedimiento que responde a una clara tendencia homeopática a la hora de curar un malestar?

Vale la pena recordar que la Homeopatía, desarrollada por Hahnemann en el siglo XIX, poseía raíces muy profundas, las cuales se remontan a la misma civilización griega. Ya en Grecia existían dos tendencias médicas definidas: una se proponía curar las enfermedades y la otra curar a los enfermos. Esto, que podría parecer un juego de palabras, esconde una diferencia sutil pero sustancial, la cual, posteriormente, dará lugar a la polarización de dos de las principales corrientes médicas actuales, como lo son la Alopátia y la Homeopatía. La polémica que ya existía en la Grecia antigua, gira alrededor del hecho de que no todos los enfermos manifiestan la misma sintomatología ni son afectados de igual manera ante una misma enfermedad, ya que la enfermedad se encuentra indisolublemente ligada al enfermo. A la generalización de las enfermedades (más propia de la medicina alopática) la homeopatía contrapone el argumento de que solo podemos estar seguros de que existen enfermos. Las enfermedades no existen por sí solas. Si fuéramos estrictamente rigurosos, deberíamos considerar a

cada enfermo como único en sí mismo, lo cual daría como resultado un tratamiento singular y distinto para cada paciente en particular.

Según Hahnemann, la Alopátia (del griego: *állos*, contrarios, *pathos*, enfermedad) combate la enfermedad administrando remedios que producen síntomas absolutamente heterogéneos los cuales no concuerdan con los síntomas del enfermo, a diferencia de los remedios homeopáticos (del griego: *ómoios*, similar, y *pathos*, enfermedad) que provocan síntomas semejantes a los que ya posee el enfermo. Se desprende de aquí la ley de la similitud, primer descubrimiento de Hahnemann, que suele resumirse en la frase latina *similla similibus curantur*. Esta ley ya había sido expuesta por Hipócrates en su tiempo, pero no de una forma tan desarrollada.

A partir de este principio y después de un largo y arduo proceso de investigación, Hahnemann logra descubrir que en los venenos se haya oculto un profundo secreto curativo, lo que le sirve para elaborar una gran infinidad de remedios homeopáticos. Después de varios experimentos, advierte que las sustancias venenosas (reconocidas como letales para el organismo humano), administradas en dosis infinitesimales, poseen la virtud de provocar en el organismo sano una serie de síntomas semejantes a los que presentan las personas enfermas, pero de una forma completamente efímera e inofensiva.

Nos dice al respecto el mismo Hahnemann (1943), en su **Organon**:

“En toda enfermedad que no pertenezca al dominio de la cirugía, sino que dependa de un desarreglo particular del dinamismo orgánico relativo a las funciones y sensaciones, el remedio homeopático produce una enfermedad medicinal o artificial, análoga, pero algo más fuerte, que substituye a la enfermedad natural. Bajo el impulso de la fuerza vital, el organismo, que ya no está enfermo más que de la afección medicinal, aunque más fuertemente que antes, se ve obligado a desplegar mayor energía con esta nueva enfermedad, de la cual no tarda en triunfar, por ser la acción del poder medicinal, que la desarmoniza, de poca duración. De suerte que así como queda libre de la enfermedad natural, después sucede lo mismo con la enfermedad medicinal que la substituye, y por consiguiente se restablece la salud en la vida del organismo”<sup>2</sup>.

Es poco lo que se ha investigado el método homeopático en relación con la curación de enfermedades de orden psicológico, a partir de la administración de algo que no se vincule necesariamente al uso de sustancias químicas. Si analizamos paralelamente lo dicho por Aristóteles y lo dicho por Hanhnmemann, podríamos aventurarnos a hacer la siguiente deducción:

**De la misma manera que una sustancia química después de provocar síntomas similares a los de una enfermedad, puede curarla, una "tragedia" u "obra teatral" (considerada en este caso como la "sustancia" médica), podría provocar los síntomas psicológicos característicos de ciertas enfermedades mentales y, por ende, curarlas.**

Quisiera aclarar que no estoy interpretando aquí el concepto de *catarsis* con visos de purificación ascética o moral, sino que me remito a su función médico-psicológica.

Sin duda alguna ya ha existido una serie de teorías teatrales y de corrientes psicológicas que, de una u otra manera, se han acercado a la deducción mencionada anteriormente, pero pienso que no de una manera tan explícita. A continuación menciono algunos de estos acercamientos con el propósito de descartar su conexión directa con el método homeopático.

Una de estas corrientes ha sido evidentemente el psicoanálisis, método que utilizó una especie de *catarsis*, sobre todo en su primera etapa, cuando se valió de la hipnosis para lograr que el paciente hablara sobre todo aquello que no lograba recordar, a causa de sus represiones. Después de algunos experimentos, Freud notó que los síntomas histéricos se aliviaban por un tiempo relativamente corto, y decidió abandonar esa práctica. Fue entonces cuando comenzó a utilizar el método de la "asociación libre", que consiste en motivar al paciente a contar sus sueños y a hablar de sí mismo. El psicoanálisis busca que el paciente se posicione en relación con un orden inconsciente para así identificar la causa de su malestar. Considero que sería interesante analizar los lazos de parentesco que existen entre

la terapia psicoanalítica creada por Freud y el pensamiento homeopático, pero no solo ese no es el propósito de este análisis sino que, no podemos definir estrictamente al psicoanálisis como una tendencia derivada de la terapia homeopática, aunque tal vez le deba su inspiración.

Entre las teorías teatrales más difundidas que han surgido a la luz del análisis del concepto de *catarsis*, se encuentra el debate más que justificado acerca de la finalidad política del llamado sistema aristotélico. Augusto Boal (1974), en su libro *Poética del oprimido*, critica severamente la función coercitiva de este sistema; observa agudamente que la finalidad de la *catarsis* no era otra que la de purgar en el espectador todos los elementos antisociales, con el fin de restablecer el orden social. Es decir, que por medio de la *empatía* (relación emocional entre el espectador y el personaje), este experimenta una sensación de reposo cuando después de la *catástrofe*, la falla del héroe trágico es purgada, quedando, por decirlo así, el espectador en un estado convenientemente pasivo ante las estructuras de poder de una sociedad injusta. Por lo demás, dicha crítica también podría aplicarse, sin lugar a dudas, a la función "pro-Establishment" que muchas veces cumple la Psicología en nuestra sociedad. Me interesa señalar el hecho de que aun los más aguerridos críticos del llamado teatro aristotélico, nunca dejan de valorar la eficacia de dicho sistema, lo cual deja abierta la posibilidad de que la *catarsis* podría ser aplicable, de manera inversa, a dichos intereses, es decir, purgando en el espectador su inactividad, su pasividad, sus características "pro-Establishment".

De hecho toda la poética brechtiana gira alrededor de provocar una actitud crítica y combativa en el espectador en vez de ese estado de quieta somnolencia que es provocado por la *catarsis* al final de un espectáculo de corte aristotélico. Esto no nos lleva a afirmar ni mucho menos, que Brecht, en sus escritos, se haya limitado a proponer únicamente un reordenamiento de lo planteado por Aristóteles, con lo cual caeríamos en un simplismo imperdonable.

En todo caso, la dirección del presente artículo está dirigida más hacia la orientación médico-psicológica del arte que a su función política.

Otra de las corrientes que ha investigado la relación entre el teatro y la Psicología, ha sido el llamado psicodrama, tan defendido por Jacobo Moreno, quien lo consideraba una alternativa ante la barrera infranqueable del psicoanálisis de no poder evitar la modificación de conducta de un paciente que se siente observado; sin embargo, como práctica psicológica está lejos de establecer sus bases con los principios de la teoría homeopática.

Todo esto nos hace pensar en la potencialidad y en los alcances de la terapéutica homeopática dentro de un terreno poco explorado que vincula al arte con la Psicología, razón por la cual el propósito de este artículo es llamar la atención acerca de la función catártica (purificadora) del teatro e instar a otras personas a profundizar más en la investigación de los alcances psicológicos de la homeopatía. La "Psico-homeopatía", hasta ahora poco desarrollada, vendría a enriquecerse gracias a un instrumento de valor incalculable a la hora de su aplicación: *las artes*, y ya no hablo solo de las artes escénicas.

Aristóteles (1966) nos da la explicación de la palabra *catarsis* en el libro VIII de la *Política*. Nos dice que esta era utilizada en el sentido de purgar las perturbaciones mentales y el fervor religioso de ciertos pacientes por medio de la música. Aristóteles justifica los cantos de "acción" y los cantos de "entusiasmo", los cuales no contienen tendencias morales ni educativas en forma relevante, para provocar la catarsis y la relajación.

Creo que para entender en toda su dimensión el concepto de catarsis, utilizado por Aristóteles, se vuelve indispensable verlo desde una perspectiva homeopática.

"En la medicina, cosas de una calidad melancólica son utilizadas contra la melancolía, lo amargo sirve para curar lo amargo, y la sal para remover humores salados"<sup>3</sup>.

El espectáculo artístico, como un espejo fiel, refleja los síntomas de temor y compasión del

espectador curándolo de aquello que lo perturba y que le causa esos mismos síntomas de miedo y excesiva piedad en su propia vida. De modo que al ver proyectadas sus propias afecciones psicológicas, con un grado mayor de exageración, el organismo del espectador reacciona desarrollando nuevos mecanismos defensivos para curarlas.

El temor y la compasión son reacciones naturales que todos experimentamos en nuestras vidas. Nos compadecemos de alguien cuando sentimos que ha sido víctima de algo que no se merecía y experimentamos temor de que nos pueda suceder algo semejante. Pero cuando el temor y la compasión se manifiestan de un modo excesivo, podemos considerarlos como síntomas de alguna enfermedad de orden psicológico. De la misma manera que experimentamos síntomas de orden físico ante las enfermedades orgánicas, las enfermedades mentales provocan sus propios síntomas, los cuales no son otra cosa que la manifestación exagerada de ciertos sentimientos naturales e inofensivos que todos conocemos: el miedo, la ansiedad, la tristeza, la inquietud, y hasta la misma risa.

Aliviar los síntomas, sin curar la enfermedad, es una característica propia de la medicina alópata y un excelente negocio para las industrias farmacéuticas. La homeopatía enseña que los síntomas son mecanismos defensivos del cuerpo que lo alertan para combatir con más fuerza una enfermedad. Eliminarlos o aliviarlos es delicadamente peligroso, en cuanto que el organismo se despreocupa, por decirlo así, actuando como si no padeciera de ninguna enfermedad. Atenuar el dolor de forma transitoria, a base de tranquilizantes, es engañar al organismo.

Es evidente, que si en vez de eliminar los síntomas, los provocamos con mayor fuerza pero de una manera artificial, estaríamos sobre-estimulando el organismo para que se defienda de la enfermedad. Este principio, que también ha sido utilizado en la aplicación de las vacunas, ¿cómo podría ser utilizado en el ámbito de las enfermedades mentales? Se deduce que provocando miedo, ansiedad, inquietud, tristeza, llanto, risa, etc., pero

de una forma inofensiva, ficticia, como en el caso de las sustancias homeopáticas y de las vacunas. Es aquí donde pensamos que el arte puede ser un instrumento de valor incalculable, si es utilizado como remedio homeopático para restablecer la salud mental.

En resumen: ***así como en la terapéutica homeopática se utilizan sustancias químicas para curar males de orden químico, así también deberían poder utilizarse “sustancias intangibles” para curar lo intangible.***

¿No es esta cualidad curativa, visto de un modo muy general, una de las funciones más importantes del arte universal?

Basta una simple mirada para observar que, en nuestra sociedad, el arte cumple un papel fundamental como medio de desahogo para aliviar millones de penas. Esta función catártica es probable que tenga su origen desde épocas muy tempranas, en donde todavía no existía separación entre las manifestaciones artísticas y los ritos. La palabra (*kazársis*) procede de (*kazaros*), que significa limpio, de donde se deriva la palabra “cátaro” mencionada por Platón para designar a alguien limpio de cuerpo y alma. Limpieza o purificación que se realizaba por medio de sacrificios lustrales, con el objeto de eliminar la impureza (*kázarma*).

En principio se elegía a alguien, quien debía tener la condición de ser valioso, el cual era sacrificado como víctima propiciatoria para lavar los muchos pecados de la comunidad. Dicha víctima no podía estar enferma. Posteriormente, se comenzaron a utilizar representaciones dramáticas en donde un protagonista era castigado con dureza con el objeto de que los espectadores fuesen purificados del mal, contenido en sus espíritus.

Por comparación, resulta interesante observar la función catártica que cumple el sacrificio de Cristo en las representaciones religiosas medievales (práctica que se extiende hasta el día de hoy), en donde los pecados de la humanidad son purificados por medio de la crucifixión; se ejerce aquí también, una especie de catarsis colectiva. Asimismo, aunque suene a herejía, la salvación nos es dada por vía homeopática, en el sentido de que al presenciar

la injusta crucifixión de aquel que reconocemos como el menos merecedor de un castigo semejante, sentimos temor y compasión, luego somos purificados del pecado.

Obsérvese que a la luz de la misma poética de Aristóteles, la historia de Jesús contiene todos los elementos propios de la tragedia griega, menos uno: la resurrección. El hecho de que Jesucristo resucite introduce un “final feliz” en la historia, lo cual contradice la coherencia lógica de los elementos estructurales que se necesitan para que podamos definir la pasión de Cristo como tragedia, por lo menos en el sentido aristotélico.

Sin embargo, si observamos el efecto provocado por la pasión de Cristo, a lo largo de la historia, no podemos negar que ha sido cargado de un inmenso poder catártico sobre millones de creyentes, sobre todo por la particular interpretación que le ha dado la institución de la iglesia católica. Obsérvese, también, el énfasis tan importante que la doctrina católica le ha dado a la práctica de la confesión, en donde después de desahogar sus pecados, “el paciente” corre a seguir con su vida, experimentando un profundo alivio, gracias a la identificación que siente ante el dolor de Cristo quien murió en la cruz para limpiar con su sangre sus pecados.

La pérdida de lo ritual en nuestras representaciones escénicas habitualmente se interpreta como un paso decisivo en el desarrollo del arte, el cual llega a su culminación cuando se emancipa de sus raíces rito-religiosas. Pero me pregunto si este desarrollo no conlleva a una lamentable pérdida en lo que se refiere a esa función medicinal del arte.

Es sabido que en las culturas antiguas, la música cumplía varias funciones, muchas veces curativas. Las escalas modales de la música griega servían para estimular y aliviar diferentes estados de ánimo. Por ejemplo, la escala *dórica* comunicaba fuerza y estimulaba a la lucha, la escala *frigia* era considerada como expresión del deleite sensual, la *lidia* era suave y reposada. Friedrich Herzfeld (1966) en su libro *Tú y la música* nos lo ilustra de esta manera:

“Cierta noche estaba Pitágoras contemplando las estrellas. De repente oyó un gran ruido. Observó a ciertos jóvenes que se esforzaban por entrar en la casa de una hermosa artista. Un músico tocaba una melodía en modo frigio, y esto despertó en los jóvenes su lascivia. Pitágoras se acercó al músico y le mandó que tañese una melodía en modo dórico. Al instante, los jóvenes recuperaron el sosiego y se marcharon a sus hogares”<sup>4</sup>.

Se sabe del uso medicinal de las ocarinas entre las culturas indígenas precolombinas, las cuales eran elaboradas con determinadas escalas que tenían efectos curativos. Aun hoy existe todo un espacio de investigación que ha dado lugar a que en ciertos hospitales se utilice la audición de ciertos estilos musicales, como medio para lograr una mejoría en el estado de salud de los enfermos.

Me interesa resaltar este método curativo, casi milagroso, aparentemente basado en la identificación, el cual, por tantos años en la historia, ha sido utilizado por el arte y por la religión.

Ernst Fischer (1970) en su libro *La necesidad del arte*, ataca de manera vehemente aquella creencia de que el arte es socialmente superfluo, gratuito; es decir, que si bien ayuda al ser humano a sentirse bien, prácticamente es algo de lo que se puede prescindir, sin que eso afecte, en lo absoluto, su supervivencia. Siempre me ha indignado ese papel de innecesario y accesorio que nuestra sociedad materialista y pragmática le adjudica al arte. Arte concebido como un adorno, como un medio de entretenimiento superficial, en donde ya no hay lugar para ninguna clase de satisfacción espiritual. Arte que logra su difusión gracias a un aparato propagandístico inmenso, cuyo principal y fundamental objetivo es el de crear una necesidad que no tiene ningún asidero en la realidad social. Necesidad que es orientada por la moda, hacia un consumismo absurdo y desenfrenado. Arte que es concebido como una mercancía más, para aumentar la riqueza de un grupo de mercaderes. Arte enfermizo, que probablemente, sirve para propagar, más que para curar la enfermedad. Arte evasivo que no profundiza en lo interior del ser humano, alivianando superficialmente la acidez o el dolor de cabeza,

de la misma manera que lo haría un antiácido o una aspirina. Arte farmacéutico que no llega al origen profundo de la enfermedad. Arte alópata.

Pareciera que nuestra tendencia evasiva ante el dolor y el sufrimiento impide que podamos desarrollar defensas, lo que contribuye a un aumento en la vulnerabilidad de nuestro organismo que se verá expuesto a peores males. Despreciamos todo aquello que nos causa malestar, sin darnos cuenta de que, en la virtud de tolerarlo o enfrentarlo, reside la clave para aumentar nuestra fortaleza.

El ayuno, que desprovee al cuerpo de alimento, provoca, necesariamente, ciertos síntomas que redundan en la limpieza de este.

Las pesadillas en el dormir, probablemente actúen como mecanismos defensivos ante algo más grave que ni siquiera hemos detectado. Si de forma natural nuestro organismo se vale de la ficción del sueño para crear situaciones que nos provocan miedo (de ahí el enorme interés que Freud le da a la interpretación de los sueños), ¿no nos urge un arte que nos enfrente con nuestras propias deficiencias, en lugar de servir únicamente para adormecernos?

Visto el arte escénico desde una perspectiva homeopática, nos queda un enorme trabajo pendiente para determinar el símil de un sinnúmero de síntomas neuróticos, para así empezar a curar a nuestra sociedad de tantos males.

De acuerdo con este razonamiento (permítaseme acudir a ciertos ejemplos que podrían sonar bastante burdos a la luz de un riguroso análisis científico), una persona excesivamente celosa, a la postre, podría curarse de este mal tan terrible, si se dedicara, de una forma metódica y frecuente, a presenciar la obra *Otelo* de W. Shakespeare, por el tiempo que lo necesitare. O alguien sumamente indeciso, tal vez pudiera vencer su indecisión después de presenciar por tiempo indefinido, la obra de Hamlet. O bien, alguien con algún disturbio de orden psicológico, podría acudir a un dramaturgo-homeópata, quien escribiese una obra en la cual se presentase el símil de su debilidad, de forma tal que al leerla o verla representada una y otra vez,

fuese curado de esta. Tal vez el *Guernica* de Pablo Picasso haya servido para atenuar en nuestra sociedad el arrebato por la guerra; o los rostros adoloridos de Guayasamín, para atenuar el dolor humano.

Es irónico y extraño pensar que un mal pueda ser curado por medio de un mal semejante pero artificial. Tal vez por eso hubo que esperar tantos años para que se les diera crédito y reconocimiento a los descubrimientos homeopáticos de Hahnemann.

Ojalá no pase inadvertido este llamado que hago a la reflexión y a la investigación sobre el carácter medicinal del arte (sobre todo escénico) y a la vital importancia de su función social.

Se desprende de aquí la importancia que tiene para los artistas el saber seleccionar las temáticas de sus creaciones y, por otra parte, la urgencia de fortalecer nuestras políticas culturales para no abandonar al azar y a mezquinos intereses políticos y comerciales, la selección de los programas televisivos, de las películas, de los espectáculos que se escogen en los teatros oficiales, de los conciertos musicales que se programan en el país, etc.

En una sociedad cada vez más enferma, “la sociedad neurótica de nuestro tiempo”, como la describiera Karen Horney, ya no basta pensar únicamente en el aspecto moral y educativo. El tema de la salud mental de nuestra sociedad comienza a ocupar un lugar de innegable importancia. De qué nos sirve tanta tecnología y tan sofisticada, si ya ha sido baldada nuestra lucidez y hemos perdido la orientación, dejándonos arrastrar de un modo irreflexivo hacia la guerra, hacia la destrucción de nuestro planeta, hacia la contaminación, hacia la autodestrucción.

Echemos un vistazo a la superficialidad de los temas cinematográficos de “Hollywood”, a lo predecible de las tele-novelas, a la ramplonería del teatro comercial, a una música cada vez más estridente y repetitiva, al empobrecimiento creciente del interés por la literatura y la poesía, y veremos reflejada una sociedad en estado de convalecencia.

Tal vez nuestro camino para librarnos de un destino tan nefasto sea el de tomar conciencia e intentar rescatar esa olvidada función sanadora

del arte. El arte siempre ha servido como termómetro para medir el nivel cultural de los pueblos, es decir, siempre ha reflejado, como un espejo fiel, sus sueños, sus aspiraciones, sus dolores, sus angustias, su realidad. Esto podría dar lugar a una interpretación mal intencionada en el sentido de que, si actualmente nos vemos reflejados en el arte de forma tan alarmante, esto correspondería al símil perfecto para curarnos, considerando nuestro análisis homeopático expuesto anteriormente, pero no es así. Ante semejante falacia baste contraponer el simple razonamiento de que una cosa es un arte que refleje críticamente nuestra superficialidad y otra muy distinta un arte superficial en sí mismo.

Finalmente, quiero invitar a mi querido lector a que, por unos instantes, se permita hacer una abstracción e imagine una sociedad en donde no exista el arte. Una sociedad en donde no haya teatro, ni cine, ni música, ni danza. Una sociedad en la cual el ser humano no desperdicia el tiempo pintando, ni esculpiendo, excepto objetos útiles. Una sociedad en donde el arte, al no ser considerado de primera necesidad, termine por ser desechado.

¿No cree usted que nos encontraríamos ante una sociedad completamente desquiciada?

Pues no estamos muy lejos de ello, al haber convertido el arte de nuestros días en algo tan superficial, en un medio de evasión, en un “matar el tiempo”, como nos dice García Lorca en una de sus charlas sobre teatro y sociedad:

“El teatro es uno de los más expresivos y útiles instrumentos para la edificación de un país, y el barómetro que marca su grandeza o su descenso. Un teatro sensible y bien orientado en todas sus ramas, desde la tragedia al vodevil, puede cambiar en pocos años la sensibilidad del pueblo, y un teatro destrozado, donde las pezuñas sustituyen a las alas, puede achabacinar y adormecer a una nación entera.

Un pueblo que no ayuda y no fomenta su teatro, que no recoge el latido social, el latido histórico, el drama de sus gentes y el calor genuino de su paisaje y de su espíritu, con risa o con lágrimas, no tiene derecho a llamarse teatro, sino sala de juego o sitio para hacer esa cosa horrible que se llama “matar el tiempo”<sup>5</sup>.

Nuestro arte cada día se acerca más a solo cumplir los requisitos de ser un producto vendible, un artículo de consumo, y cada vez está más lejos de reflejar nuestra realidad de un modo crítico y de cumplir con el papel social de restablecer nuestra salud emocional y nuestro nivel cultural.

### Notas

- 1 Aristóteles. (1966). *Poética*. Madrid: Editorial Aguilar, p. 37.
- 2 Hahnemann. (1943). *Organon*. Barcelona-México: Editorial Progreso, p. 114.
- 3 Boal. (1974). *Teatro del oprimido*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor, p. 4
- 4 Herzfeld. (1966). *Tú y la música*. Barcelona: Editorial Labor, p. 17.

- 5 Lorca. (1971). *Obras completas*. Madrid: Editorial Aguilar. Tomo I, p. 1215.

### Bibliografía

- Aristóteles. (1966). *Poética*. Madrid: Editorial Aguilar.
- Boal, Augusto. (1974). *Teatro del oprimido y otras poéticas políticas*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Fischer, Ernst. (1970). *La necesidad del Arte*. Barcelona: Editorial Península.
- Hahnemann, Samuel. (1943). *Organon*. Barcelona-México: Editorial Progreso.
- Herzfeld, Friedrich. (1966). *Tú y la música*. Barcelona: Editorial Labor.